



**Edward ALBEE, USA, 1993**

Dramaturgo y guionista norteamericano, nació en 1928; es autor, entre otros títulos, de ¿Quién teme a Virginia Wolf? Ganó en tres ocasiones el premio Pulitzer, en 1967, 1975 y 1994. Introdujo en Estados Unidos las nuevas tendencias del teatro europeo, principalmente el teatro del absurdo; con el inició un importante período del teatro norteamericano verdaderamente moderno.

¿Acaso el mundo se convierte en un lugar más y más extraño, según pasa el tiempo? Creo que así es, y sé que me lo parece a mí. Todo lo que tengo que resolver es si aquí trabaja un absoluto, o simplemente mis percepciones modificadoras son vislumbres de sabiduría en tándem con insinuaciones de decadencia. Y me atrevo a decir que cuando llegue el día en que las respuestas entren en foco, ya no seré consiente del por qué me importa.

Aun así, la pregunta molesta.

¿Qué debemos hacer, por ejemplo, para contrarrestar el estatismo, para sacarnos del centro estancado de dos pasos hacia delante como la respuesta apropiada a dos pasos hacia atrás? Cada vez que un totalitarismo cae por su propio peso, está muerto, alguna democracia floreciente prueba ser ilusoria. Cada acto desinteresado parece estar balanceado por una crueldad o codicia equivalente. ¿Acaso hemos-¿lo haremos alguna vez?- contestado la pregunta de la naturaleza real del hombre jovial, amo de sí mismo o dispuesto (incluso deseoso) a ser esclavo?

Hemos inventado las artes, o las hemos evolucionado, si prefieren, para explicarnos nosotros mismos a nosotros mismos, para atraer orden y claridad, y tal vez aun dirección a nuestra conciencia. Hemos en el fondo descubierto que el arte, para ganarse al hombre, debe ser útil y no meramente decorativo, debe, en su impotencia- ¿el arte no cambia nada?-, cambiarlo todo.

Podemos desterrar todo gobierno por edicto del planeta; bueno, podemos interpretarlo. Podemos deshacernos de todo control del pensamiento impuesto desde afuera; bueno, podemos intentarlo. Y aun así, nos quedaríamos con la más aplastante censura de toda la autocensura de gente indispuesta (o demasiado incierta) para tomar los pasos pavorosos hacia la plena conciencia de uno mismo.

Las artes están con nosotros para ayudarnos en esta marcha, y nuestra negativa para permitirles mantenernos a flote y empujarnos nos deja con los antifaces y los grilletes puestos.

He estado en sociedades totalitarias donde la gente ha sido encarcelada, ha muerto por acceder a las artes, y vivo en una sociedad en donde la auto censura es tan cruel como cualquiera impuesta desde afuera. La paradoja es más fea de lo que deberíamos considerar.

El teatro es, en su inmediatez, en su ocurrir en el presente- al contrario del cine en donde siempre ha ocurrido, y que es lo que permite que sus excesos parezcan tan seguros-, el teatro está en una posición única para hacer que todo ocurra, para transformarnos en una sociedad insatisfecha con lo seguro, lo predecible, con aquello que no altera nuestras percepciones.

Recordemos esto el Día Mundial del Teatro. Recordemos que los límites del teatro son meramente los límites que le ponemos...los límites que nos ponemos a nosotros mismos.